

gleses por la tiranía de los protestantes, pero como si la suerte se hubiese encargado de burlar tan atrevidos planes, la escuadra, que por muerte del marqués de Santa Cruz iba al mando del duque de Medinasidonia, esperó un tras otro hasta tres recios temporales que destruyeron la mayor parte de los buques, facilitaron la presa de algunos por los enemigos después de un obstinado combate, y vino a sufrir cuarta tempestad en las costas de Escocia, desde donde los pocos navios que escaparon hubieron de retirarse desbarbolados y dispersos á los puertos de España. Admirable fué entonces la resignacion con que don Felipe, al saber tan lamentable nueva contestó: «Yo no envié mis buques á combatir con las tempestades, sino con los ingleses.» Enorgullecida Isabel con esta ventaja, debida á una desgraciada casualidad, y creyendo ya seguro su triunfo, mandó á Drake con setenta buques para apoderarse de los puertos de Galicia y Portugal. Empezó este sanguinario pirata por desembarcar en la Coruña, y habiendo tomado el arrabal de la pescadería, asaltó la plaza; pero defendida esta con heroico esfuerzo por todos los habitantes sin distincion de edad ni sexo, fueron rechazados los ingleses con una pérdida enorme, dirigiéndose á Lisboa, donde tuvieron otro descalabro de consideracion sin conseguir su intento. Fué en este asalto contra la Coruña donde una muger del pueblo llamada Mayor Fernandez de Pita, que peleaba al lado de su marido, llena de furor al verle caer muerto de una lanzada, cogió el arma homicida y arremetiendo con ella á un alférez inglés, que habia ya subido á la muralla enarblando la bandera, le derribó sin vida y le arrancó la enseña, que pisoteó insultando á los que retrocedian ante su indomable valor. En tanto seguia la guerra mas activa que nunca en los estados de Flandes, donde los tercios españoles al mando de Farnesio conseguian señalados triunfos é iban dominando la rebelion; pero como al mismo tiempo, y por haber sido asesinado el rey de Francia Enrique III, y profesar su heredero Enrique de Navarra la religion protestante, habia aclamado la liga por su protector á Felipe II (1590), dió este orden al duque Alejandro para que acudiese á Francia con sus tropas, quedando paralizadas las operaciones en los Países Bajos. Obedeció el de Parma, y habiendo obligado á Enrique á levantar el sitio de París y tomando á Corville, acudió al socorro de Ruan, bloqueada por el de Navarra con 30,000

hombres, entró en ella triunfante, y se retiró á Flandes, donde falleció en medio de los preparativos que hacia para volver á auxiliar la liga, privado á don Felipe de el último de los tres grandes generales que habia tenido; don Juan de Austria, el duque de Alba y el de Parma, Alejandro Farnesio, cuyos nombres serán siempre un monumento de gloria para el pais que los contó entre sus defensores. Por este tiempo el secretario Antonio Perez, que se hallaba preso desde el asesinato de Escovedo por achársele este delito, quebrando los hierros que le sujetaban con el auxilio de su muger doña Juana Coello, se acogió á Zaragoza, de donde era natural, reclamando en su favor los fueros y privilegios de Aragon. Esta accion, que aumentó aun mas el resentimiento del monarca demasiado escitado ya, segun unos, por celos que de él tenia en sus amores con la princesa viuda de Eboli, y segun otros, por la infidelidad de Perez que habia descubierto el secreto de las cifras con que seguia la correspondencia don Felipe, fué causa de un levantamiento general en aquel reino. Hizo el rey que se acusase á Antonio Perez de heregia, en cuyo concepto fué reclamado por la inquisicion, que se apoderó del reo; pero el pueblo de Zaragoza, á quien se hizo ver se quebrantaban los fueros del reino en el modo de proceder contra uno de sus hijos, se sublevó en masa guiado por el justicia mayor don Juan de Lanuza, forzó la carcel inquisitorial y salvando á Perez le facilitó medios para que huyese á Francia, donde pobre y desvalido acabó mas adelante sus dias, si bien pudo sostenerse hasta el último momento utilizando sus talentos. Mas una vez lanzado el pueblo en la senda que habia emprendido en defensa de sus fueros, que se dijo iban á arrebatárseles, no fué dado contener su impetu. El rey vivamente ofendido del desmán á que los zaragozanos se arrojaron arrebatando á Perez de sus manos, envió contra ellos un cuerpo de 12,000 hombres al mando de don Alonso de Vargas, que no tuvo dificultad en vencer á la poco aguerrida hueste con que quiso oponérsele Lanuza, desbaratándola completamente, y entrando en la capital á cumplir la justicia del rey. Primer víctima de estas conmociones el justicia mayor Lanuza, que se habia retirado á Epila, cayó en poder de las tropas reales; y por orden espresa del rey fué públicamente degollado sin preceder fallo judicial ni formacion de causa, confiscados sus bienes y arrasada la casa en que habitó. Asi espiró desastradamen-

te el noble don Juan de Lanuza en la flor de su edad, pues solo tenia 26 años, ahogándose en su sangre las libertades y fueros de que hasta entonces habia estado en pleno goce su pais, y estinguéndose la elevada magistratura que ocupaba, ante la que tan solemne juramento prestaran los reyes al ocupar el trono y ser jurados por las cortes de Aragon. La autoridad real quedó asentada bajo el mismo pie que se hallaba en Castilla, y las leves llamadas que dió aun el partido defensor de los fueros se apagaron con el suplicio de los que le acudillaban con desesperado valor. Vencidas de este modo las conmociones interiores, que ocurrieron durante todo el año de 1592, pudo Felipe fijar mas detenidamente su atencion en el exterior. Seguia en Francia la guerra entre el de Navarra y la liga, y aprovechándose de ella, intentó Felipe conseguir la abolicion de la ley sálica para colocar la corona en las sienas de su hija doña Isabel; pero habiendo abjurado Enrique públicamente el calvinismo, cesó todo pretexto para oponerse á su legitimo derecho, y fué reconocido y aclamado rey de Francia, con lo que se anonadaron las esperanzas que el español habia llegado á concebir. Resultado natural de este orden de cosas fué el que Enrique declarase formalmente la guerra á España, eligiendo por campo de batalla los turbulentos estados de Flandes, donde las ventajas obtenidas por una y otra parte durante dos años se equilibraron aun mas en el de 96 con la toma de Ferce por los franceses, y la de Calés y Ardres por los castellanos. Mas coligadas á la sazón Francia, Holanda é Inglaterra, se dirigió en junio de este año una expedicion contra Cádiz, compuesta de 150 buques ingleses y 24 holandeses al mando del conde de Essex, y desembarcando sus tropas, se apoderó de la ciudad y la saqueó completamente llevándose un inmenso botin. Durante la accion, y cuando ya la victoria se declaraba por los ingleses, hizo el duque de Medinasidonia pegar fuego á los buques mercantes que habia en el puerto para que no se aprovechase el enemigo de ellos y sus riquezas, de modo que la pérdida experimentada en este fatal lance ascendió para la España á mas de 220.000.000. Pero Felipe no desmayó á pesar de todo, y deseoso de vengarse hizo armar en el Ferrol una escuadra de 80 naves, que dirigió á las costas de Irlanda, á mediados de noviembre con tan desgraciada suerte, que asallada de una furiosa borrasca, mas de la mitad de los buques se anegaron con toda la

tripulacion, salvándose el resto llenos de averias y á fuerza de constancia y serenidad. Tan repetidos reveses no pudieron menos de hacer honda mella en don Felipe, agravado ya por sus continuas dolencias y los sinsabores domésticos que le acosaban, pues uno tras otro habia visto morir todos sus hijos, quedándole de sus cuatro matrimonios solo el principe de su nombre que le heredó, y la infanta doña Isabel. La toma de Amiens por el célebre Hernando Tello Portocarrero, gobernador de Dourens, espació algo su ánimo; pero como volvieron á reconquistarla los franceses con pérdida del valiente capitán que la habia ganado y defendido hasta su último suspiro, conoció cuan necesario y político seria el asentar la paz antes que le arrebatase la muerte, para no legar á su hijo, jóven de 20 años, una guerra sangrienta y de que ningun fruto se podia sacar. Enabláronse al efecto negociaciones, durante las que cedió don Felipe el condado de Borgoña y los estados de Flandes, que aun le pertenecian, á su hija doña Isabel casada con el archiduque Alberto, y con posterioridad se firmó en Vervins el tratado de paz ajustado con la Francia, en virtud del cual se devolvieron mutuamente las plazas conquistadas. Tranquilo ya por esta parte el rey, fueron acreciéndose sus padecimientos físicos, y contra el dictamen de los facultativos se hizo trasladar al Escorial, diciendo que queria ser conducido vivo á su sepulcro. Allí se alojó en una celda, desde donde veia la iglesia y el altar mayor, y cuyos muebles eran de los mas pobres: atacado de violentos dolores, lleno de lagas su cuerpo y en medio de su acerbo padecer no se le oia exalar un quejido: dedicóse á una vida de penitencia y austeridad sin igual en aquella reclusion; perdonó á infinidad de delinquentes, dió libertad á sus enemigos, devolvió los bienes confiscados á ciertas familias, entre ellas la de Antonio Perez, y cuando vió llegar la muerte, que aguardaba con rostro sereno, llamó á su hijo á quien dió los mas sanos consejos, espirando despues tranquilamente, como si fuese insensible á los dolores físicos, que solo cuando le falló el habla dió á conocer. Tenia á la sazón don Felipe 71 años, y murió el día 13 de setiembre de 1598. Juzgado tan apasionadamente entonces por sus adeptos, como calumniado por sus enemigos, la historia imparcial no puede menos de conocer en él una aplicacion suma en el despacho de los negocios, vastos talentos, esforzado ánimo aun en medio de los infortunios que experimentó,

osadia grande, prudencia y justicia suma, mucha piedad, celo religioso y liberalidad en proteger las artes y ciencias. Las fundaciones del Escorial, del archivo de Simancas, la universidad y colegios de Donai en Flandes, las escuelas de Lovaina, é infinidad de otras obras de pública utilidad prueban su generosidad y desprendimiento. La conquista de las islas Filipinas, que de él tomaron su nombre, aun cuando fueron descubiertas al fin del reinado de su padre por Magallanes, las de otras regiones de América y la del Portugal acreditaron su política y dieron lustre á su reinado. Pero al par de estos hechos que le honran, hay otros que imprimen algo desdoro sobre su nombre, siquiera algunos de ellos no hayan pasado de la esfera de dudosas en que la historia los coloca, á pesar de que le fuesen increpados por la pública voz. La muerte de don Juan de Austria, la de Juan de Escovedo y la de su hijo don Carlos entran en este número. La persecucion de Antonio Perez, las sangrientas ejecuciones y atentados de Aragon, las de Flandes y Portugal estan evidentemente acreditadas y no hallan disculpa aun en el aspecto justificable que por sus apologistas se le ha querido dar. De todos estos hechos hemos ya hablado y solo resta decir algo acerca de la triste suerte que cupo al infeliz don Carlos, jurado ya principe de Asturias cuando incurrió en la desgracia de su adusto y severo padre. Se ha querido dar á esta enemistad un aspecto novelesco, que probase mejor el cruel parricidio que por algunos se achacó á don Felipe, suponiendo que don Carlos amaba perdidamente é iba á unirse á doña Isabel de Valois, con la que su padre se casó despues; por otros se dice que don Carlos habia tomado parte activa en la insurreccion de Flandes, cuya corona pretendia ceñirse, y que el rey sorprendió la correspondencia y supo que habia pedido postas para escaparse: pero lo único que hay de cierto es que el principe fué reducido á prision la noche del 18 de enero de 1568 por su mismo padre, que se presentó en su cuarto con el duque de Feria y otros personajes, le ocupó sus papeles y le dejó confiado al cuidado de los grandes, entre los que se eligieron seis que alternasen en su guarda. Arrebatado de carácter don Carlos, como en varias ocasiones lo habia demostrado, nada extraño es que perdiese á ratos la razon como aseguran algunos historiadores. Su delicia era entregarse en su encierro á los excesos de la intemperancia, tomando nieve á todas horas y

rechazando cuantos alimentos saludables se le presentaban, hasta el punto de caer gravemente enfermo devorado por una calentura maligna. Conoció entonces el principe que se aproximaba su fin, y llamando á su padre, á quien pidió perdon de todos sus desmanes y su bendicion, que le dió conmovido, recibió los sacramentos y murió en la noche del 24 de julio, seis meses despues de la de su reclusion. La naturaleza repugna dar asenso al parricidio que por los detractores del padre se dice fué perpetrado en la persona del hijo, y como por otra parte todos los escritores se hallan conformes en los excesos cometidos por el principe durante su encierro y en la irascibilidad de su carácter, parece justo el suponer que murió por efecto de aquellos y á impulsos de esta sin echar mano de un delito, que nada habia motivado y á que no se puede dar cabida en la imaginacion. En el reinado de Felipe, á que tanto lustre dieron don Juan de Austria, Alva, Santa Cruz, Farnesio, Cervantes y Herrera, se distinguieron tambien otros varios, cuyas obras no pueden leerse sin admiracion. Fray Luis de Granada, el primero, uno de los mas famosos predicadores y escritores ascéticos de España, religioso dominico, natural de Granada, donde nació en 1505, se adquirió tanto renombre que fué llamado por la reina Catalina á Portugal, donde se distinguió en extremo, Rehúsó con la mayor tenacidad el arzobispado de Braga y el capelo de cardenal, y todo entregado á sus escritos y á los deberes de su ministerio, falleció en 1588 dejando infinidad de obras, en las que se nota su gran talento y sus ideas avanzadas al siglo en que vivió. No mereció menos celebridad el P. Fray Luis de Leon, agustino, nacido tambien en Granada en 1527. Duramente perseguido por su traducion en romance del Cantar de los cantares, por la que estuvo en las cárceles de la inquisicion cinco años mortales, era tal su virtud, que nunca se le oyó exalar la menor queja. Catedrático de Sagrada Escritura cuando le prendieron, el día en que recuperó la libertad y volvió á sus esplicaciones, para demostrar su olvido entero de lo pasado, empezó con estas palabras: «Decíamos ayer, etc.» Rodeado de la admiracion de cuantos le oian y conocian sus obras murió en 1581, dejando una muy grata memoria en pos de sí. Por último el P. Juan de Mariana, jesuita ilustrado y lleno de saber, natural de Talavera, donde nació en 1537; maestro de teologia en Roma y des-

pues en Paris. En 1577 se retiró á Toledo, donde se dedicó á escribir su célebre historia de España, que acabó en 1595, y el tratado de «Rege et regis institutione», que publicó en 1599. Este libro se hizo mas que todo notable por haber sido quemado públicamente en Paris por el verdugo, previa sentencia del parlamento, por suponerse que su lectura habia determinado á Ravallac á cometer el asesinato de Enrique IV. Murió el P. Mariana en 1610 á los 87 años de edad, en su convento de Toledo.

FELIPE III: hijo del anterior y de Ana de Austria; nació en Madrid el día 14 de abril de 1578.—En 1598 y contando tan solo 20 años de edad subió Felipe III á un trono que mas que nunca se necesitaba entonces fuese ocupado por un monarca esperto, político y valiente, al par que prudente y reparador para la España, cuyo poder é influencia habian ido decreciendo de un modo rápido, y cuyo erario se hallaba agotado por las desacertadas empresas y continuadas guerras que en los dos reinados anteriores habian costado tanta sangre y oro á la nacion. Pero lejos de hallarse Felipe dotado de estas cualidades era de carácter apacible y meticoloso, débil y de bastante limitada capacidad. Entrégado á las influencias de uno y otro favorito, ni aun la suerte tuvo de fijar dignamente su eleccion; así es que la suerte de España fiada á manos de ambiciosos validos, que solo trataban de enriquecerse se empeoró cada vez mas. Para llenar los descubiertos en que se hallaba la real hacienda se impusieron dobles gabelas á los pueblos, harto recargados ya con las contribuciones establecidas; se acudió al ruinoso medio de alterar la ley de la moneda duplicando el valor de la vellon, con lo que se encarecieron de un modo extraordinario los artículos de primera necesidad, empeorando la ya demasiado triste situacion de la clase proletaria y causando una enorme estraccion de plata del extranjero. Consecuencia inmediata de esto fué el abandono de los campos, la decadencia de las manufacturas y la paralización del comercio, por manera que para todo habia que acudir al extranjero, sima donde se sepultaban las inmensas riquezas del Nuevo Mundo, aniquilando así la industria nacional que no podia bajo concepto alguno competir con la estrangera en el mercado. La cesacion absoluta del trabajo hubo de producir la ociosidad con su obligada escuela del vicio, y la poblacion, harto escasa ya por esta

reunion de circunstancias desgraciadas, llevó el último golpe con la impolítica é intempestiva medida de la espulsion de los moriscos que se llevó á cabo con un rigor sin igual. En cualquiera otra circunstancia, y efectuada con la debida mesura y prudencia, habria merecido esta medida el aplauso universal; porque no puede negarse que la existencia de aquellos enemigos interiores en la España suscitaba á cada paso conflictos, y hacian necesaria á veces la intervencion de la fuerza. Pero si justa y política hubiese sido la espulsion de los gefes de las insurrecciones, y hasta la diseminacion de los demas en la peninsula, el lanzamiento decretado contra toda esta raza en 11 de setiembre de 1609, que privó á la España de mas de 300,000 personas, la parte mas industriosa y trabajadora de la poblacion, fué un golpe fatal para el porvenir del pais, y un acto despótico de gobierno que solo pudo hallar defensores entre los fanáticos ó los estrangeros, porque veian pasar así á sus manos el esclusivo monopolio de la industria y el comercio con nuestra nacion. Tan violenta medida, arrancada al celo religioso del monarca (cuyas prendas todas se reducian á una estremada piedad y devocion), como única salvadora de la fé católica en su reino, no pudo llevarse á efecto sin gran resistencia de los infelices á quienes así se privaba de su patria, sus bienes y su porvenir; pero vencidos al fin los que á mano armada la resistian, siguieron la suerte, con la doble desgracia de perecer despues la mayor parte al pasar el Estrecho á manos de los árabes, que los persiguieron como cristianos, al paso que por no serlo eran espulsados del pais que les habia visto nacer. Cuadro tan desconsolador de la situacion de España, no deja por lo recargado de ser cierto, y no podia en verdad ser otro el resultado hallándose los destinos de la nacion en manos de favoritos tan ineptos como ambiciosos. El primero de estos fué el marqués de Denia don Francisco de Rojas Sandoval, á quien se creó duque de Lerma, y cuya incapacidad era tan notoria, que hubo á su vez de entregarse en manos de su secretario y confidente don Rodrigo Calderon, el cual de page del duque llegó á ser mas adelante sucesor de su amo y valido del rey. No pensando el de Lerma mas que en los medios de perpetuarse en su puesto, habia destinado al lado del rey á su hijo el duque de Uceda, y al conde de Lemos su sobrino, al del príncipe heredero; pero sus cálculos sa-

lieron fallidos, y las intrigas que le derribaron se promovieron por quien menos podia pensarse. El mismo Uceda, que envidiaba el alto puesto de su padre, empleó la facilidad que tenia para hablar al rey en servir de conducto á cuantas quejas elevaban los pueblos contra la administracion de Lerma, y engañado Felipe por este escusivo celo en su servicio que sacrificaba hasta los sentimientos naturales, no dudó en nombrar al hijo sucesor del padre á quien despues desterró. Fortuna fué que el desvalido favorito hubiese conseguido antes de su caída el capelo de cardenal á que constantemente habia aspirado, pues de lo contrario tal vez no habrian parado en esto los tiros de la enemistad asediados contra él. Pero lo que ante su sagrada investidura cayó á tierra, rebotó contra el pecho de su criatura don Rodrigo Calderon, ya á la sazón marqués de Siete Iglesias, conde de la Oliva, y uno de los hombres mas poderosos de la nacion. Su impensada elevacion é insultante fortuna habian suscitado en su contra la envidia de todos los cortesanos, al paso que su desmedido orgullo, que degeneró en proverbio, le habia captado enemigos sin fin. Así fué que apenas cayó por tierra el magestuoso árbol á cuya sombra se elevara, cuando el encono y la malevolencia, conchitados contra el protector y su hechura, vinieron á descargar su furia toda sobre el que habia quedado en pie. Las imputaciones mas atroces, las mas violentas acusaciones se agolparon, achacándole crímenes inauditos, concusiones, traiciones y hasta usurpaciones del poder real. Doscientos cuarenta y cuatro cargos se le hicieron, y de todos logró justificarse completamente en la causa que se le formó; pero como el encono de sus enemigos no podia aplacarse sino con su completa ruina, acusaron de cohecho á los jueces que habian fallado: consiguieron se abriese de nuevo el proceso y que se redujera al acusado á estrecha prision; sujetósele al tormento, y despues de inauditos padecimientos, que desde el día de su caída habia sufrido por espacio de 12 años, fué por fin conducido al suplicio el primer año del reinado de Felipe IV, víctima del encono que el conde-duque, favorito de este monarca, le profesaba y que satisfizo de este modo. Con el relato de la desgraciada suerte que cupo á sus favoritos puede colegirse cual seria la que experimentó durante estas luchas palaciegas el desventurado pais. Víctima tambien de la escusiva debilidad y apocado ánimo, que hemos dicho formaban la base

del carácter de Felipe III, apenas lucía de vez en cuando un día feliz en que la victoria se posara sobre las armas españolas, terror antes de los que osaban arrostrarlas. Verdad es que á ello se oponia la solicitud del rey, constantemente dirigida á procurar la paz con las naciones rivales; la penuria del erario, y la falta de tan señalados capitanes, como los que habian brillado en los dos precedentes reinados; mas á pesar de todo, hubo un marqués de los Balbases y Espinola, que supo sostener el lustre y prez de los tercios españoles, y que despues de tres años y tres meses de asedio, durante el que incesantemente se sucedieron los actos de valor y de heroísmo, consiguió apoderarse en 1604 de la inespugnable plaza de Ostende, hecho que bastaria por sí solo á eternizar el nombre de quien le llevó á cabo y el reinado en el que ocurrió. A pesar de tan señalada victoria, ni los asuntos de España mejoraban, ni variaba el carácter indolente de su monarca. Completamente desgraciadas las expediciones dirigidas en 1602 por el duque de Lerma contra Argel é Irlanda (la primera al mando del célebre Doria, compuesta de 10,000 hombres en 70 galeras, que fueron casi todas destruidas por una violenta tempestad en la costa de Africa, y la segunda de 6,000 veteranos á cuya cabeza iba don Juan de Aguilar, que despues de haber tomado á Risdale fueron abandonados por los aliados irlandeses teniendo que capitular), se volvieron á reproducir las negociaciones de paz con la Inglaterra. La muerte de la reina Isabel facilitó el buen éxito de estos tratos, y en 1604 se firmó la paz, que dió lugar á estrechar con nuevos refuerzos el sitio de Ostende, á cuya toma añadió Espinola en el siguiente año las de Ordenzeel, Lingen, Wadentendonck y la ciudadela de Cracao. En 1605 prosiguió el marqués sus victorias apoderándose de Lockem, Groll y Rhinberg; pero habiéndosele insurreccionado las tropas por falta de pagas, y cansada ya la España de tan sangrienta como infructuosa guerra, se abrieron en el siguiente negociaciones para procurar un acomodamiento, no tan pronto acordado que no diese lugar al furioso combate que las flotas española y holandesa tuvieron en el estrecho de Gibraltar, tan tenaz y valerosamente sostenido, que los generales de ambas escuadras murieron, y la victoria quedó indecisa despues de haber experimentado una pérdida casi igual. Las negociaciones sin embargo, continuaron; y por fin, en 1609 se acor-

dó una tregua de 10 años, reconociéndose la independencia de la Holanda, con lo que siete de las diez y siete provincias flamencas quedaron desmembradas del imperio español. El doble matrimonio del príncipe de Asturias con la infanta doña Ana y el de la infanta doña Isabel de Austria con Luis XIII, rey de Francia, por cuya menor edad gobernaba el reino Maria de Médicis, viuda de Enrique IV, asesinado en 1610 por Ravallac, fué aceptado por la corte de España y sirvió para consolidar la paz con Francia. En este mismo año adquirió don Felipe por negociacion el puerto de Larache, situado en el reino de Fez: el duque de Osuna don Pedro Giron, virey de Sicilia, desembarcó en 1612 en las costas de Berbería y se apoderó de Chircheli degollando la guarnicion; al paso que el marqués de Santa Cruz quemó una escuadra enemiga de 11 buques que habia en la Goleta y saqueó la isla de Lango y la de los Querquenes. El célebre capitán Francisco Rivera acudió por mandado de Osuna con 5 galeones y 1,000 arcabuceros á batir una escuadra berberisca, y de los 55 buques de que constaba echó á pique cuatro, inutilizó 35, y puso en fuga los demas. Don Octavio de Aragon reportó en las aguas de Levante otra señalada victoria, apoderándose de 6 naves y 600 mahometanos, con muerte de otros 400, sin que una numerosa escuadra que lo presenciaba se atreviese á medir sus fuerzas con el capitán español. El marqués de Hincosá y el de Villafranca consiguieron tambien los años siguientes varias victorias en la Italia, donde el duque de Saboya habia hecho armas contra la España; pero en 1617 hubo de acogerse á la benignidad de Felipe, licenciando sus tropas y haciendo una completa sumision. Habiendo fallecido el emperador de Alemania en 1619, podia muy bien don Felipe haber hecho valer sus derechos á la corona; pero contentándose con proteger las pretensiones de Fernando de Graz, le ayudó con sus tropas á subir al trono, á tiempo que el duque de Feria se apoderaba de la Valtelina en 1620. Por último las armas españolas triunfaron de las holandesas cerca de las islas Filipinas, destrozando completamente una escuadra que se dirigia contra las islas Molucas, donde se habia clavado otra vez el pendon de Castilla, y don Luis Fajardo se apoderó de Marmora cerca de Tánger, con lo que don Felipe creyó llegar á gozar de una completa tranquilidad; pero acometido de una fiebre lenta, que nada bas-

taba á cortar, y habiendo hecho sin fruto un viaje á Lisboa para curarse, falleció el 31 de marzo de 1621, á los 43 años de edad y 23 de reinado. En sus últimos momentos manifestó cuan arrepentido estaba de haber sido tan indolente y descuidado, y murió lamentando no poder enmendar los yerros de su negligente administracion.

FELIPE IV: del matrimonio de Felipe III con Margarita de Austria; nació en 1605, y á los diez y seis años de edad se halló heredero del trono de San Fernando. Si desastroso habia sido para España el reinado de su padre, todavia lo fué mas el suyo, merced al favoritismo que gozó don Gaspar de Guzman, conde-duque de Olivares, quien tuvo largo tiempo ignorante al monarca de los reveses que se experimentaban, adormeciéndole en los placeres para conservar su poder. La necia adulacion de este valido hizo que el rey se adornase del sobrenombre de «Grande» aun antes de que hecho alguno viniese á justificar tal dictado; y aun cuando no le faltasen cualidades para haber llegado á merecerle, es lo cierto que, alejado completamente de los negocios, la afición á las letras y al cultivo de la poesia fueron casi su ocupacion esclusiva. Su reinado, durante el cual las conmociones intestinas alternaron con las guerras estrangeras, fué en cierto modo resultado del pernicioso sistema de gobierno que le habian legado sus predecesores. Por lo demas, afable y dotado de un corazon generoso, habria podido Felipe ser un buen rey, á haberse ocupado de los asuntos del Estado. Pero entretenido en sus placeres y en sus tareas literarias, pues bajo el seudónimo de «un ingenio de esta corte» compuso é hizo representar varias comedias, puede decirse que no ejerció el poder real mas que en el palacio del Buen-Retiro, donde reunia á los mas distinguidos poetas y artistas de la época. En cuanto á lo demas, el ministro Olivares gobernaba el Estado á su voluntad, y aun cediendo al error de sus antecesores queria tambien dirigir la guerra desde su gabinete. Así fué como concibió el proyecto de reducir á la obediencia á las provincias holandesas y afirmar la influencia de la casa de Austria sobre toda la Europa; pero Richelieu, el célebre ministro de Luis XIII, se opuso á tan vastos proyectos, pretendiendo para la Francia lo que para España ansiaba Olivares conseguir. Surgió de aquí una guerra fatal entre ambas potencias, aun cuando durante ella consiguió el marqués de Espinola brillantes triunfos. El mas notable de

ellos fué el arrojó con quo al recibir la orden del conde-duque concebida en estas palabras: «Tomad á Breda,» se dirigió á atacarla, y venciendo infinidad de obstáculos, se apoderó de ella en 1621, contestando al ministro: «En Breda ondea ya el pabellon español.» Pero á pesar de que esta victoria cortó una sublevacion que intentaban las provincias belgas, no fué bastante á impedir que al año siguiente se firmase por la córte en Monzon un tratado por virtud del cual se dejó la Valtelina un poder de los grisones. La muerte de la archiduquesa, gobernadora de los Países-Bajos, dejando por heredero al rey de España, y la prision del elector de Tréveris, llevada á efecto por mandato de aquel, fueron causas que ensangrentaron la guerra con la Francia; y aun cuando las córtés celebradas en Castilla, Aragon y Valencia votaron ámplios subsidios de hombres y dinero, y la nobleza y el clero hicieron cuantiosos donativos equipando varios regimientos á su costa, como la mayor parte de aquellos fondos se malgastaron en saraos y placeres que disponia el valido para distraer la atencion del monarca, no pudo impedirse la pérdida del Artois y gran parte del Milanesado. Era ya tan apurada la situacion de las cosas públicas, que no faltó quien hiciese saber á Felipe algo del verdadero estado de la nacion; y aunque todavia no fué lo suficiente á separarle del valido, le hizo volver sobre sí, y con sus órdenes se dió impulso á la guerra. El cardenal Infante, gobernador de Flandes, penetró en la Picardia y se apoderó de muchas plazas importantes; el duque de Lorena asoló la Borgoña; el almirante de Castilla penetró en Francia por San Juan de Luz, ocupando y saqueando cuantos pueblos encontró al paso; y por último el marqués de Leganés arrojó á los franceses del Milanesado, devastó los estados de Parma y Plasencia, cubriéndose de gloria en el Piamonte y llegó á hacerse dueño de cuantas plazas halló á su paso hasta Turin. Pero la guerra se dilataba con fortuna varia, y haciéndose cada vez mas gravosos los sacrificios de todo género que se exigian á los pueblos, llegó á tanto la dureza del conde-duque para con algunas provincias y era tal su trania, que la Cataluña toda se levantó en masa al quererla imponer la obligacion de abastecer las tropas declarándose independiente de la Francia en 1640. Con el auxilio de esta potencia sostuvo una guerra desesperada y sin tregua rechazando los ataques del marqués de los Velez; pero asistiendo el mismo rey á sitiar á Lérida, se apoderó de

la plaza, y bloqueada despues Barcelona, hubo de rendirse en 1652 al ejército real mandado por el marqués de Montura y Don Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV, que arrojó despues á los franceses de Gerona. Posteriormente los volvió á batir en varios encuentros, hasta que pacificada la Cataluña, se restituyeron á Castilla por el tratado de los Pirineos, ajustado en 1659, las pocas plazas que aun retenia la Francia. La insurreccion de Sicilia y Nápoles pudo tambien ser muy grave; pero habiendo acudido en tiempo el virey duque de Arcos y don Juan de Austria atajaron la rebelion aprisionando á su gefe el duque de Guisa, y se restableció la tranquilidad. No fué tan afortunado este caudillo en Portugal. Una orden del conde-duque para que la nobleza acudiese en 1640 á la guerra de Cataluña sirvió de pretexto para sacudir el yugo, siempre odiado de la dominacion castellana. Proclamado rey el duque de Braganza, bajo el nombre de Juan IV, y auxiliado por la Francia y Holanda, fueron inútiles cuantos esfuerzos se hicieron para reducir á la obediencia estas provincias. Derrotadas las tropas españolas en Estremoz, y vencidas en Montes-Claros, junto á Villaviciosa, por el mariscal de Schomberg y el marqués de Marialva, se conoció la dificultad de la empresa; y aun cuando la caída del conde-duque, que tuvo efecto en 1645 por el clamor unánime de los pueblos, hizo subir al poder á don Luis Haro de Guzman, que prestó al rey alguna energia, obligándole á tomar parte en la guerra de Cataluña; con todo, habiendo fallecido este ilustre ministro en 1661, despues de cuya época ocurrieron los reveses de Portugal, se comprendió la necesidad de negociar la paz. Habíase acordado esta en 1600 con la Holanda, reconociendo su independencia y devolviéndose por ella las posesiones españolas que habia conquistado: el tratado de los Pirineos la asentó con Francia, y entabláronse negociaciones de potencia á potencia en Portugal. Mas durante ellas, el rey, que con la noticia de la derrota de Villaviciosa recibió un golpe aterrador, no pudo hacerse superior á su dolor; víctima de tantas desventuras, falleció en 17 de setiembre de 1655, á los sesenta y un años de edad y cuarenta y cuatro de reinado.

FELIPE V: el testamento de Carlos II llamaba al trono de las Españas á Felipe, hijo del Delfín de Francia y de Maria Ana de Baviera, nieto del gran Luis XIV. Nacido este principe en Versalles en 1685, tenia el título de duque de Anjou, cuando el 2 de

octubre de 1700, en cumplimiento á la regia voluntad del último monarca austriaco, fué declarado rey de España en Fontainebleau. Aun cuando proclamado tambien el 24 de noviembre en Madrid, donde hizo su entrada el 14 de abril de 1701, no pudo sin embargo considerarse verdaderamente rey de España, hasta que con su valor y despues de una guerra de doce años terminada por el tratado de Utrech, se halló dueño pacífico de todo el territorio español. Habíale reconocido al momento el papa, los reyes de Inglaterra, Portugal y Dinamarca, la Holanda y Baviera; pero como el emperador de Austria no desistió de sus pretensiones acudió á las armas para hacerlas valer, y no tardaron en unirse á él la Inglaterra, y la Holanda, que temian el engrandecimiento de la casa de Borbon, por medio de un solemne tratado llamado de la grande alianza, concluido en el Haya en este mismo año. La campaña se inauguró por su parte batiendo á los españoles y franceses en Chiari y Carpi y sorprendiendo á Cremona. Mandaba el ejército imperial el principe Eugenio de Saboya, uno de los mejores generales de la época, y activo al par que osado, pasó á sitiar á Mantua, que se hallaba harto apurada; pero Felipe, que á nadie cedía en valor, despues de haber celebrado en 1702 su casamiento con la hija del duque de Saboya, la dejó encomendado el gobierno con el cardenal Portocarrero, y acudió á Italia para oponerse al célebre adalid de la causa imperial. Su llegada fué la señal inmediata de una importante victoria, en que el ejército español-francés, dirigido por el rey y el duque de Vandome, batió en Luzzara á los imperiales, apoderándose de esta plaza y la de Guastala, despues de haber recuperado parte del Milanesado. Pero habiéndose presentado en las costas de Andalucía una escuadra enemiga y obtenido algunos triunfos, que se extendieron despues á las de Galicia, cogiendo en el puerto de Vigo un inmenso botín en dinero y bageles, fué necesario que don Felipe volviese á España. Ya á este tiempo se habian unido al imperio, vendiendo la causa española, los soberanos de Portugal y Saboya, y cediendo el emperador sus derechos en el archiduque de Austria, que habia sido reconocido en Viena rey de España con el nombre de Carlos III. Fuerte con este título y apoyo de todas las potencias europeas, excepto la Francia, no dudó el archiduque venir en persona á reclamar sus derechos. Dirigióse para ello á Lisboa en 1704

con una poderosa escuadra, la que despues de desembarcarle con sus tropas, marchó sobre Barcelona, y rechazada, fué á atacar á Gibraltar, de cuya importantísima plaza se apoderó. Pero Felipe reunió su ejército al mando del duque de Berwick y atacó el Portugal, tomando muchas plazas, al paso que el marqués de Villadarias le invadía con otro cuerpo de tropas llevando todo á sangre y fuego. En tanto el archiduque se dirigió con una escuadra inglesa á Valencia, donde desembarcó, declarándose á su favor todo el pais en 1700. Lérida y Tortosa se le entregaron; el terror le hizo dueño de Cataluña; Barcelona capituló, y la defeccion ó las armas le enseñorearon tambien del Aragon. En vano fué que Felipe acudiese á socorrer á Barcelona á principios del año siguiente, pues hubo de retirarse; é invadida á este tiempo la Estremadura por un cuerpo de cuarenta mil ingleses y portugueses que arrolló cuanto se opuso á su paso, se vió el rey en la necesidad de retirarse á Burgos, entrando por consiguiente los aliados en Madrid, donde se proclamó solemnemente al archiduque, aunque sin la menor concurrencia de la poblacion. A este desastre siguió el de la traidora entrega de la escuadra surta en Cartagena, que puso en poder de los aliados el conde de Santa Cruz; pero no amedrentándose con esto el animoso corazón de Felipe, llamó á las armas al pueblo, que ya tanto le queria, se organizaron fuerzas llenas de decision y entusiasmo, y antes de espirar el año entraba triunfante en Madrid, donde se le recibió en medio de universales aclamaciones. Desde entonces la fortuna empezó á proteger las armas de don Felipe, que obtuvieron señalados triunfos en los años siguientes, y aun cuando en 1709 y 1710 lograron ventajas los imperiales llegando el archiduque hasta Madrid, donde entró en medio de un silencio sepulcral, por fin la victoria se decidió por las armas de Felipe en los campos de Brihuega y Villaviciosa. A estos triunfos se siguió la rendicion del Aragon, á cuyos naturales se les quitaron en castigo sus fueros, y la de casi toda la Cataluña. El archiduque fué llamado á poco al solio imperial por muerte de su hermano; su ausencia, unida á los reveses experimentados, facilitó el curso de las negociaciones abiertas el 29 de enero de 1712 en Utrech, y cuyo resultado fué el que se firmase la paz en abril de 1713, reconociendo á Felipe como rey de España, si bien bajo la renuncia espresada de sus derechos al trono de Francia, cuya co-

rona por ningun título habia de unirse á la de Castilla en lo sucesivo, y otros artículos que no es del caso mencionar. En el intervalo de estas conferencias obtuvieron los españoles la victoria de Denain, y se reunieron las córtés de Madrid, donde se sancionó la ley sálica el 10 de mayo de 1715. Solo quedaba á la sazón por reducir á Cataluña; pero abandonada por los imperiales y á pesar de su tenaz resistencia, fué poco á poco sucumbiendo á las tropas reales, siendo abolidos sus fueros y privilegios despues de conquistada Barcelona. En 1715 se ocuparon tambien las islas Baleares, con lo que España entera quedó tranquila. Libre de los azares de la guerra, pudo don Felipe dedicarse á trabajar por el bien de sus pueblos; pero la muerte de su esposa le abismó en tan honda melancolia, que resignó la direccion de los negocios públicos en manos de su ministro el cardenal Giudice, y se entregó en los brazos de la célebre princesa de los ursinos. Pero habiendo contraído nuevo enlace con la princesa Isabel, heredera de los estados de Parma y Plasencia, fué desterrada la de los ursinos, cayó Giudice y ocupó su puesto Alberoni, que luego obtuvo tambien el capelo. Los deseos de distinguirse que tenia el nuevo ministro le impelieron á conquistar la Cerdeña, de que se apoderaron los españoles, originando con esto una triple alianza en su contra de la Francia, la Inglaterra y la Holanda, que paralizó las operaciones ya dirigidas sobre la Sicilia. Durante la guerra que surgió de estos acontecimientos, fué batida la escuadra española por la inglesa á la altura de Siracusa, perdiendo veinte y tres buques de alto bordo; pero las tropas de Felipe destruyeron en Sicilia á las imperiales delante del Melazzo, si bien fueron despues rechazadas con el refuerzo de doce mil alemanes que acudieron en su auxilio. Los franceses tomaron el castillo de San Sebastian, y este revés unido á los de Sicilia ocasionaron la caída de Alberoni y la paz acordada en 1720, afirmada al año siguiente por el casamiento de la hija del duque de Orleans con el principe de Asturias. Todo hacia esperar un largo y próspero reinado á don Felipe, cuando con asombro general se le vió renunciar la corona en favor de su hijo primogénito don Luis en los primeros dias de 1724, retirándose con su esposa al real sitio de San Ildefonso, donde habia mandado construir un magnífico palacio y jardines suntuosos. El bello carácter de don Luis I presagiaba mucha ventura para elabajado reino, á cuyo frente le colo-

cara la abdicacion de su padre, al paso que su hermano don Carlos habia sido investido el año antes por el papa con la soberania de los ducados de Parma y Plasencia por muerte del gran duque de Toscana. La paz empezaba á dar sus frutos y la recta administracion del jóven monarca le atraia las bendiciones de sus súbditos, cuando fué arrebatado en la flor de su vida por una erupcion de viruelas malignas á los diez meses de haber ceñido á sus sienas la corona de Castilla. Tan impensada desgracia llamó otra vez al trono á don Felipe, que se entregó con mas cuidado que nunca á la direccion de los negocios públicos. En 30 de abril de 1725 ajustó la paz con el imperio por medio del baron de Ripperdá, que en premio fué nombrado duque y ministro de Guerra, Marina y Hacienda. Mas su favoritismo acabó en breve, siendo exonerado y conducido preso al alcázar de Segovia de donde al fin se evadió. El sitio de Gibraltar por los españoles, y la poco honrosa rescision del matrimonio del rey de Francia con la infanta de España, cuyo verdadero objeto era atajar la preponderancia de la España y el Austria reunidas-dieron lugar á serias desavenencias, cuyos progresos pudo atajar el cardenal Fleuri con su avenidor carácter, asentando en 1727 las bases de una pacificacion general. Al año siguiente se concertó el casamiento del principe don Fernando y doña Bárbara de Portugal, con cuyo motivo quiso don Felipe abdicar en él la corona; pero habiéndole hecho desistir de este proyecto, siguió al frente del gobierno, y en 1729 firmó un tratado con la Inglaterra, la Francia, y la Holanda, por el que aseguró los estados de Toscana, Parma y Plasencia para su hijo don Carlos, de los que se posesionó al fin este principe en 1731 por fallecimiento del gran duque Antonio Farnesio sin dejar sucesion. Habiendo obtenido el papa la décima de las rentas eclesiásticas, llevó don Felipe la guerra al Africa, donde el conde de Montemar se apoderó en 1732 de Mazaquivir y Orán, subyugando al fin á los moros. En tanto el Austria seguia hostil á los planes de don Felipe, por lo que el infante don Carlos, ya duque de Parma, marchó en 1734 con treinta mil españoles al mando de Montemar, á conquistar el reino de Nápoles sobre el que pesaba el yugo imperial. El júbilo con que fué recibido, se aumentó luego al saber la cesion que en su hijo hizo don Felipe de todos sus derechos á aquellas provincias, de las que le autorizaba á coronarse rey. Sus armas triunfaron en todas partes, y